

**Sergio R. Franco (ed.), *José María Arguedas: hacia una poética migrante*
Pittsburg, Instituto Internacional Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburg,
2006, Serie “Antonio Cornejo Polar”, 402 páginas.**

En la construcción de la nueva narrativa latinoamericana, la elaboración de la distancia entre cultura escrita y cultura oral, la reversión del proceso de “glotofagia” desde la palabra de los dominadores hacia la de los dominados, las estrategias de desterritorialización de la lengua literaria y el planteo de la identidad mestiza como un dilema irresoluble son algunas de las operaciones fundamentales que realiza la obra de José María Arguedas.

Su propuesta, orientada, como es sabido, hacia la conjunción entre literatura y vida, aspira a la consolidación de un signo transparente guiado por la utopía de la imbricación de mundos opuestos. Desde sus primeros libros hasta su última novela, la lengua arguediana establece rupturas y armonías con ese anhelo de totalidad y comunicación.

Los trabajos del volumen *José María Arguedas: hacia una poética migrante* se orientan en varios sentidos. Retoman las problemáticas centrales de la escritura del autor peruano –vitales para la concepción de la narrativa contemporánea, como la redefinición del realismo y del indigenismo, la construcción de la identidad y de una lengua singular–, e instauran nuevos interrogantes: ¿existe un carácter sacrificial de la escritura en Arguedas? ¿Cuál ha sido el campo intelectual que propició el surgimiento de su obra? ¿Qué problemas plantea respecto de la sexualidad o de la problemática del género? ¿Cómo se inserta su narrativa dentro de las “escrituras del yo”?

El libro se compone de diecinueve textos distribuidos en cuatro secciones, que concentran diferentes abordajes específicos, llamados: “Impureza y Modernidad”, “Escritura del yo”, “Residuos y visiones”, “Torsiones y descentramientos”. Las secciones, según Sergio Franco el compilador, se conciben como una retroalimentación en la cual el diálogo y la reflexión se articulan como símbolos de una modernidad alternativa, haciendo hincapié en “las racionalidades divergentes a la occidental, el encantamiento residual del mundo, la desescritura del archivo, los opacos imaginarios poscoloniales, los contactos peligrosos que provocan placer y algunos biografemas que son como puntos luminosos en los que reconocemos una constelación insoslayable en la literatura de nuestro idioma” (p.13).

La primera de ellas, resume distintos análisis sobre el bilingüismo esencial de la poética arguediana. La dicotomía entre una poética forzada y una poética de la limpidez, según Estelle Tarica, implica un conflicto: la necesidad de expresar aquello que es esencialmente intraducible. La “limpidez” en su escritura no satisfaría el deseo de una expresión cristalina del mundo andino sino la responsabilidad de conservar una identidad libre de los procesos de aculturación. La tarea del artista es la de traducir, entendiendo que para lograr esto no es posible otra posición que la de la permanente pérdida y exilio. Así, Arguedas como narrador efectúa la tarea de un poeta: construye una lengua singular que se escapa tanto del quechua como del español para posicionarse ideológica, intelectual y personalmente. Este refugio construido desde el lenguaje será el punto de encuentro con la otredad, ya sea latinoamericana o europea.

La experiencia de todo encuentro es disarmónica y discordante, sin embargo. Julio Ortega explica la elección de Chimbote como lugar paradigmático en donde desarrollar la trama de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, partiendo de las características de dicha ciudad, que concentraba el conflicto de la inmigración andina y el capitalismo primario. La actitud epistemológica de Arguedas hacia la etnología y la antropología se vería orientada también hacia un descentramiento, en donde la voluntad de rescatar relatos y traducir iban a contrapelo de las prácticas de las ciencias sociales aprendidas.

Un análisis del Arguedas escindido entre escritor, intelectual y poeta es el que realiza Melisa Moore en lo que respecta a la mesa-debate, que tuvo lugar en 1965, dedicada a su libro *Todas las sangres*. Los malentendidos que se sucedieron en dicho encuentro eran acordes a la posición radical que caracterizaba a Arguedas respecto de los científicos: frente a la exigencia de estructuración lineal de la novela, el autor propone el conocimiento de múltiples agentes que emergían y de la velocidad de los cambios que ocurrían en la sociedad peruana del momento. Esta visión le permitió al autor vislumbrar una herramienta epistemológica que contemplara una amplia gama de variables y no únicamente categorías cerradas.

Siguiendo la idea de escisión, el conflicto entre tradición y modernidad, según Catalina Ocampo, es el verdadero motor sobre el cual se inscribe el suicidio de Arguedas, como fenómeno que excede lo autobiográfico. Su muerte sobreviene en un contexto de agón generalizado: entre el autor y sus palabras, entre el autor y el mundo, entre un mundo y otro. Según Horacio Legrás, este abismo entre mundos se vuelve tragedia, cuando no se encuentra la manera de subsumir el trabajo que sustenta el mundo indígena –trabajo no alienado sino en consonancia con la naturaleza– y la política hegemónica deshumanizada.

La utopía redentora de una lengua que asuma el dialogismo como potencia viva, concluye con la conciencia de una comunicación imposible; de esta manera, la discusión Arguedas-Cortázar, como señala Mabel Moraña, siguió el planteo de Foucault: toda polémica no busca la verdad sino la suma de adeptos para la destrucción del contrincante. No obstante, dicho enfrentamiento permitió revelar debates acerca del lugar del escritor latinoamericano, la mercantilización de la literatura y la disolución de planteos ideológicos, que llegaron hasta hoy.

A partir de la operación migratoria que efectúa la escritura de Arguedas lo único que pervive y sustenta a la letra es la hiperpresencia del “yo”, y la experiencia de vida que éste recoge en sus relatos y en su literatura. De este modo, la segunda sección del libro analiza la obra del autor desde la mirada de las “Escrituras del yo”. La obra de Arguedas se ve atravesada por la experiencia autobiográfica con una finalidad específica: decir el yo es hacerlo, y esto significa construir una literatura que testimonie una vida ejemplar en un colectivo mayor. En este sentido Aymará de Llano señala que “la autobiografía como tipo discursivo (...) construye un referente individual; luego, en la deriva del sentido y después de haber quebrado la distinción ‘yo/otros’ tradicional, se compondrá un referente colectivo con características innovadoras. Esta puesta de lo autobiográfico cuestiona las postulaciones acerca de las formas consolidadas del género tanto en lo que concierne al ‘pacto’, como en lo atinente a la identificación vida/texto” (p. 55). Siguiendo otra vía de análisis, William Rowe se ocupa en profundizar la escritura de Arguedas como una escritura sacrificial, no desde la óptica cristiana sino como opuesta a ella, en la que el sujeto sabe que debe transitar la muerte para poder escribir, es decir, para que la escritura misma se transmute en vida.

El tópico autobiográfico encuentra un importante aporte con el texto de Tomás Escajadillo, quien realiza un seguimiento de las cartas que Arguedas escribió a su amigo John V. Murra y a su psicoanalista Lola Hoffman. El análisis de dichas cartas revela la necesidad de la escritura de una biografía arguediana que complete los estudios literarios que se han realizado.

Anne Lambright y Gracia María Morales Ortiz destacan nuevos acercamientos en el capítulo “Residuos y visiones”. Analizan allí, respectivamente, la inclusión de la obra de Arguedas en la égida de lo femenino – como modo central de educación y memoria–, y la confección de las novelas como textos en donde se trasluce el aprendizaje de la sexualidad. En este sentido, el artículo de Fernando Rivera también focaliza el tópico de la infancia al cual recurre el autor en sus novelas: la reciprocidad que signó los vínculos afectivos entre el autor y los indígenas, determinó el sentido y la exigencia de testimoniar la experiencia vital del mundo que conoció. Esta vivencia se inserta como dimensión mítica en el relato arguediano, según Helena Usandizaga, sólo por medio del valor de elementos como la musicalidad, las ofrendas rituales, los objetos mágicos y la topografía encantada.

Por otra parte, Isabelle Tauzin Castellanos, señala que en la mencionada solidez de las figuras femeninas, se recurre a las visiones predictivas. Así, Felipa, la líder de las chicheras en *Los ríos profundos*, es la concededora de un mundo al cual es capaz de alterar, siendo matriz operativa del universo en el que vive.

Finalmente en el apartado “Torsiones, nuevas visiones sobre una obra”, la literatura de Arguedas se ve construida como literatura menor. Mónica Bernabé profundiza en su actividad como traductor insertándolo en el recorrido iniciado por Westphalen y Moro en Lima, en el marco de la peña Pancho Fierro. Lo heredado y lo diferencial del autor, en dicha búsqueda, establece el carácter de una narrativa definitivamente extraterritorial.

Irina Garbatzky